

EL ENIGMA

Las débiles fronteras clínicas entre el artista y el esquizofrénico tampoco se refuerzan en el momento de analizar una cierta represión social. Porque, en efecto, ¿qué es sino una represión de hecho la obligada marginación social del artista? La sociedad, inteligente y refinada, ha sabido tolerar el arte en tanto puede ser un producto comercializable, decorativo. Pero que el artista pretenda hacer realidad al mismo tiempo su «alivio y la pacificación generalizada de las cosas», que pretenda diluir las fronteras entre su vida social y su obra y recaerá sobre él todo el peso de la normativa social.



Max Ernst: «Mujer, viejo y flor» (fragmento).

1. ¿CREE USTED EN LA ESQUIZOFRENIA?

Querido doctor y amigo:

... La cuestión que se le plantea a usted, doctor F., es mucho más sencilla. Y se le plantea de la misma manera para todo el mundo.

Se trata de que cese mi internamiento, que es un acto canallasco.

Se trata de traerme heroína porque he sido canallasco envenenado, y porque en todo momento estoy canallasco embrujado por un montón de brujos asesinos

y sólo la heroína puede permitirme resistir.

Los que han conseguido engañarle haciéndole creer que lo destruiré todo cuando haya tomado heroína y que no hay que dármela para impedirme destruirlo todo, son los mismos que le han embrujado también, a fin de extraer de usted un doble que me odia y de hacer de usted un Nacido-del-Sudor; ellos saben muy bien que, en

cuanto recobre mis fuerzas los destruiré seguramente, pero que arreglaré las cosas por otro lado. Si prefiere salvarlos a ellos y sacrificar el resto, incluido usted mismo, tiene que negarme lo que le pido, porque sin lo que le pido, las cosas no se arreglarán ya nunca para nadie.

PERO YO TENGO FE, DOCTOR F., EN SU VERDADERO PERSONAJE, y creo que lo mejor y más representativo de su voluntad y de sus fuerzas es capaz de imponer silencio a ese doble retrasado de usted mismo, que me envidia y me odia, para hacer de él un Nacido-del-Sudor. Y lo que han querido los iniciados es justo lo contrario. Quieren extraer de usted un personaje de odio que impida mi alivio y la pacificación generalizada de las cosas, y que reduzca a la más baja servidumbre al que, dentro de us-

DEL CEREBRO

ted, quería ayudarme y permitirme arreglarlo todo. Y no puedo dudar del sentido de su elección".
3 de junio de 1939.

Antonin Artaud" (1).

INTRODUCCION PARA INICIADOS

Tengo la esperanza de que los médicos especialistas en enfermedades mentales a cuyas manos puedan ir a parar las presentes líneas, demostrarán la suficiente comprensión y generosidad para aceptar el tratamiento que les otorga Artaud y que he utilizado en el título general de este comentario. También tengo la seguridad de que sabrán interpretar estas palabras como lo que son: un intento de aproximación a un enigma —el de la esquizofrenia— a la luz de una obra de Ronald D. Laing (2), un comentario que, en último extremo, podría justificarse formalmente bajo el título de «Crítica literaria». Es evidente, sin embargo, que Laing no es un escritor en el sentido convencional de la palabra, y que lo que es objetivamente menos interesante de su libro es el análisis literario de tres poemas que el editor intercala entre una entrevista y un comunicado. Pero ocurre que la obra de Laing es perfectamente inteligible para los no especialistas, los no «iniciados», y ocurre que sus posibles descubrimientos interesan objetivamente al filósofo, al sociólogo, al literato, al crítico de la cultura, al hombre despierto, en suma, y es lógico que, recíprocamente, pueda hablarse de la obra de Laing —y, por tanto, de la esquizofrenia y de sus relaciones con el contexto social en general y con el contexto médico en particular— en nombre de cualquiera de estos otros intereses no médicos.

En definitiva, el principal responsable de este diálogo, iniciado entre su obra y los profanos, es el propio Laing, desde el momento en que, para él, «esquizofrenia es el nombre que se le da a una condición que la mayoría de psiquiatras atribuyen a los pacientes que ellos llaman esquizofrénicos». Volvemos más adelante sobre el tema; lo importante es resaltar ahora el carácter **desacralizador** de la definición de Laing. Según él, el especialista es un ser capacitado para «diagnosticar» ese algo que se ha dado en llamar esquizofrenia. Creo que, en tanto el comentario profano no pretende «diagnosticar», el diálogo queda legítimamente abierto. El tema, ese algo, esa **condición** que, histórica y socialmente, no siempre ha suscitado las mismas reacciones ni recibido el mismo tratamiento (3).

En último extremo, el «iniciado» siempre puede entender el comentario del profano en tanto que objeto de análisis, del mismo modo

que el doctor F., de entre las diversas lecturas que permite la citada carta de Artaud, debió elegir, sin duda, aquella que le reafirmaba a él en su condición de médico y a Artaud en la de loco.

LOS DESCUBRIMIENTOS DE LAING

Una apresurada síntesis que en ningún caso justifica la no lectura directa de los textos de Laing, intentaría centrarlos en los siguientes puntos:

1. La esquizofrenia es una enfermedad meramente diagnosticable. Una definición convencional como la de «escisión de la conciencia» (4) resulta totalmente inoperante. «Creo que es justo generalizar —dice Laing— que mientras por un lado hay casi un acuerdo total en que existe una condición patológica llamada esquizofrenia, de la que sufren los esquizofrénicos, por otro hay poco acuerdo sobre lo que es esta condición. Todo tipo de condición concebible, desde hereditaria-orgánica hasta social-funcional, junto con cada combinación imaginable de todas ellas, se propone para definirla».

2. Existe una íntima relación entre los comportamientos (reales) y su clasificación clínica (conceptual). O, dicho de otra manera, existe una relación dialéctica entre el comportamiento esquizofrénico y su diagnóstico. Laing propone el siguiente experimento: tomar un grupo de personas previamente conceptualizadas de «normales» y tratarlas como «esquizofrénicos», y al cabo de un tiempo, muchos de ellas darán muestras de los criterios acordados de esquizofrenia. El experimento puede realizarse a la inversa: los esquizofrénicos «incipientes» darán muestras de normalidad, mientras que si a los esquizofrénicos incipientes se les trata según «el papel asignado» —el de esquizofrénicos—, se descubrirá en ellos un mayor número de síntomas de «esquizofrenia». Esta manera de formular el problema tiene serias consecuencias, dice Laing. «Sugiere que es posible que buena parte de la investigación sobre los orígenes de la esquizofrenia está persiguiendo una liebre que puede ser producto de la imaginación de los cazadores».

El texto, reconozco, me impresionó vivamente. Algunos de mis camaradas de quinta recordarán el desconcierto que nos causó ver a un compañero, que había convivido «normalmente» con nosotros durante muchos meses, obligado, el mismo día de su licenciamiento, a subir **por la fuerza** a la ambulancia de una lujosa Institución mental. La cosa no paró aquí, y decidí-

mos ir «en comisión» a visitar a su psiquiatra. El doctor nos recibió muy amablemente —no estaba en absoluto obligado a ello— y nos explicó que nuestro compañero sufría «esquizofrenia aguda». Absolutamente desconcertados, replicamos, con todo, que durante muchos meses ninguno de sus camaradas había observado tan «agudos» síntomas que justificaran su reclusión. Pero ninguno de nosotros era especialista, y plegamos velas, en parte por respeto a la ciencia, en parte convencidos por la evidente cordialidad y buena voluntad del especialista. Hoy, sin embargo, creo que todos teníamos parte de razón. Conforme al esquema de Laing, al tratarle como a un camarada, todos sus síntomas casi desaparecían, mientras que de vuelta a su entorno familiar —y médico—, sus síntomas reaparecían y, sin duda alguna, se agravaban. En parte, la liebre y los cazadores de los que habla Laing...

3. ¿Qué es, pues, para Laing, la esquizofrenia? Al llegar a este punto, ocurre, para sorpresa e interés de los lectores, que Laing se ve obligado a utilizar un lenguaje metafórico, en un intento de aproximación que nada tiene que ver con la descripción clínica de los síndromes esquizoides. Toda vida —dice— es proceso, movimiento. Y de entre todos los movimientos posibles, hay dos —**retroceder** y **quedarse quieto**— que suelen entenderse como síntomas de dicha enfermedad. El movimiento de retroceso o regresión sugiere la imagen de un **viaje hacia dentro y hacia atrás**, lo que Laing llama sucesión **metanoica**.

Ahora bien, si no se paraliza exteriormente —drogas, electroshocks, psicoterapia formal— el movimiento, se desencadena un proceso natural; es decir: una sucesión con comienzo, parte intermedia y fin. Porque se llega a un punto «en el que el viajero regresa, a través de una acelerada **neogénesis**, hacia adelante, una vez más, y hacia fuera, al mundo, sin pérdida del ser». El viaje puede durar horas —cuando el movimiento parabólico no va muy lejos hacia atrás o hacia dentro— o meses —a través de formas arquetípicas cósmicas—.

En los otros casos, el problema radica en que la persona diagnosticada como esquizofrénica no puede iniciar el viaje. Están atascadas, «profundamente inmovilizadas en un nudo complejo», que suele ser resultado de la «internalización de una situación familiar multigeneracional». «Sus familias y la clínica —continúa Laing—, ambas, les **impiden** embarcarse en la salida **metanoica** de su intrincado embrollo. El comienzo del proceso metanoico es temido por todos, incluido el paciente. **Se le ve a menudo**

como el comienzo de una enfermedad esquizofrénica cuando es el posible comienzo de recuperación. Se trata con tranquilizantes, compresas frías, electroshocks, etcétera. Si este proceso metanoico se confirma por otros —que es lo que yo sospecho que es: una fuente de curación abierta a veces sólo a aquellas personas cuyo tratamiento consiste en negarles esta posibilidad—, no podía existir un malentendido más trágico o irónico».

ESQUIZOFRENIA Y ARTE

No es tarea mía verificar, ni tan siquiera defender clínicamente, el proceso metanoico de Laing en tanto que fuente de curación de la esquizofrenia. Pero debo defender a ultranza el derecho del lector medianamente informado o, simplemente, con un mínimo de sentido común, a establecer asociaciones y apuntar observaciones como las siguientes:

a) El lenguaje metafórico de Laing no es nuevo en la Historia. En la ya citada obra de M. Foucault, «Histoire de la folie», se describe minuciosamente una tradición medieval alemana, conforme a la cual el loco recibe, por parte del pueblo, el tratamiento de un viajero más que de un enfermo. Se entiende que el loco ha emprendido un viaje interior que debe traducirse en la realidad exterior con un **viaje real**. Así, los locos se embarcan voluntariamente o son embarcados en barcos especialmente destinados para ellos —**stultifera navis**, o, sencillamente, confiados a los marineros. (Recordemos que no fue otra la terapia empleada en el caso de Hamlet, príncipe loco de Dinamarca.)

b) Pero es que, además, el tema del **viaje** ha sido, desde siempre, una de las más características fuentes de creación literaria. Ulises, para regresar a su reino perdido, Ítaca, debe aventurarse durante largos años en toda clase de mares y afrontar los riesgos más diversos. Dante se encuentra perdido, a mitad de camino de su vida, en una oscura selva; se encuentra atascado, «profundamente inmovilizado en un nudo complejo», y debe descender, uno a uno, a todos los infiernos antes de ascender, antes de regresar, «a través de una acelerada neogénesis, hacia delante, una vez más, y hacia fuera, al mundo, sin pérdida del ser», y recuperar su Ítaca, en su caso, la amada, redeada de toda la Corte celestial.

Nunca, en la moderna literatura, se ha dado un caso más evidente como el del Lovecraft onírico (5), precisamente el que se ha dado en llamar «el peor Lovecraft», quizá porque se aleja de los esquemas

EL ENIGMA DEL CEREBRO

impuestos por Poe en el género y el lector y el crítico aún no han aceptado las propias reglas del juego de Lovecraft. Cuando uno de sus protagonistas decide emprender un viaje onírico, en busca de la Ciudad de sus Sueños, y está a punto de perecer realmente a manos de uno de los monstruos de su fantasía, se le brinda la posibilidad de escapar despertando, interrumpiendo el sueño y retomando al mismo punto del que partió. El protagonista se niega. Entiende que peor que la muerte es interrumpir el proceso, «el movimiento», la búsqueda de una Ciudad que, al fin, resulta ser su infancia (la dirección del viaje no es más, pues, que una regresión metanoica), que no ha muerto, sino que sobrevive intacta en su corazón. Y al extraordinario prologuista (6) de la edición española de Lovecraft se debe precisamente el haber puesto al descubierto el íntimo parentesco entre el viaje de dicho escritor y el viaje exteriormente provocado o estimulado con sustancias alucinógenas o, según la terminología de otros investigadores (7), «que expanden la mente».

¿Y a quién recurre Wilhelm Reich en su trabajo para el ingreso en la Sociedad Psicoanalítica de Viena? (8). A Peer Gynt, es decir, a Ibsen. Reich se siente particularmente interesado en esta obra de Ibsen, porque en ella queda claramente patente ese proceso en virtud del cual el delirio, la fantasía, no son más que «una tentativa de reconstruir el "yo" perdido». Reconstrucción en la que siempre se experimenta «esta armonía sin límites entre el "yo" y el mundo exterior». Mientras el hombre medio de hoy —dice Reich— ha perdido todo contacto con su naturaleza real, con su fondo biológico, y lo experimenta como un elemento hostil, los esquizofrénicos, los que sienten sus percepciones interiores como provenientes del mundo exterior, y viceversa, «poseen, al menos, una sospecha de lo que es el Universo».

Al llegar a este punto se nos plantea espontáneamente una interrogación: ¿Es el mismo sentimiento de armonía entre el "yo" y el mundo exterior el que está en la base de la creación del artista y del delirio del esquizofrénico? ¿Es el mismo proceso de búsqueda el que se expresa a través del viaje literario y del viaje metanoico? Y si, como intuímos, la respuesta es afirmativa, ¿hasta qué punto es artista es esquizofrénico y esquizofrénico el artista? O, planteado de otra manera, ¿hasta qué punto debe temerse, encasillarse y combatirse, por los métodos convencionales, este tipo de enfermedad —o no tan enfermedad— mental?

c) Decíamos que «intuíamos» que la respuesta era afirmativa; afortunadamente, la obra ya citada de Leo Navratil, «Esquizofrenia y arte», viene a confirmarnos en nuestras suposiciones. Tras largos años de investigaciones con sus «enfermos», y con una especial sensibilidad para la comprensión

del arte, este doctor vienés concluye, en su estudio, que lo único que separa al artista del esquizofrénico, al menos en teoría, es la presencia en el artista de «talento», es decir, de dotes innatas, más acuerdo con el arte, asimilación de la cultura o cultura a secas, mientras que ambos, enfermo y artista, poseen «la capacidad más notable»: la fuerza creadora.

¡Muy frágiles nos parecen estas fronteras! Parecen indicar que con un poco de «talento», un hombre podría dejar de recibir electroshocks para empezar a recibir los homenajes de la crítica. Y viceversa. Imaginemos, por un momento, que Max Ernst no hubiera delimitado con cierta claridad —una claridad total es imposible, eso lo sabe cualquier «creador»— las fronteras entre su vida «social» y su obra, y hubiese caído en manos de los

rio. En todo caso, es casi imposible no recordar aquel «movimiento» metanoico, principio de liberación, del que hablaba Laing. Al enfermo se le aplican electroshocks y dibuja la figura número 2, absolutamente estremecedora, increíble; la expresión más brutal y artísticamente conseguida de lo que es esta especie de tortura que consiste en provocar breve inconsciencia y convulsiones musculares, equivalentes a un ataque epiléptico, mediante la aplicación, durante una fracción de segundo, de una corriente alterna de 90 a 110 voltios en la región temporal. Ante el dibujo, Navratil comenta: «Es una manifestación propia del tratamiento empleado». ¿Cómo no recordar el análisis de Laing de las protestas de ser envenenado de un paciente tratado con fármacos tranquilizantes, que paralizaban su proceso metanoico al

Peer Gynt» podían tener razón «después de todo». Y al hablar así no se refería exactamente a los «locos», sino a todos aquellos que sienten estallar impetuosamente en sí las fuerzas de la Naturaleza, fuerzas a cuyo análisis dedicó toda su vida de investigador. También afirmó que sobre «los Peer Gynt» recaería todo el peso de la venganza de los hombres «normales», esos que han perdido todo contacto «con su naturaleza real, con su fondo biológico», y lo experimentan «como un elemento hostil». Su esquema visionario de una neurosis colectiva, alimentando sadomasoquísticamente las estructuras autoritarias y represivas, confrontada a las esquizofrenias individuales, no resulta tan visionaria, al fin y al cabo. Resulta más bien de actualidad.

Las débiles fronteras clínicas en-



La esquizofrenia es una enfermedad meramente diagnosticable. Una definición convencional como la de «escisión» resulta totalmente inoperante. Aquí vemos reproducidos tres dibujos de un enfermo: (1) durante un brote esquizofrénico agudo; (2) inmediatamente después de concluir el tratamiento; (3) tras la desaparición de las manifestaciones psicóticas agudas.

«iniciados». Su caso parecería sumamente grave y sin remisión. Porque... ¿qué son sus visiones pictóricas sino esas «formas arquetípicas cósmicas» de las que habla Laing?

El propio Leo Navratil, pese a su evidente preparación y cultura, se nos muestra como un hombre atrapado por la jerga y la función de su especialidad. Ruego se me perdone la evidente mala fe de mi razonamiento, pero, ¿qué habría sido de Max Ernst, en tanto que artista, en sus manos? Tomemos tres de las ilustraciones de un caso que estudia de un esquizofrénico con «capacidad creadora». A la vista de la número 1, quizá un profesor de dibujo comentara que el alumno no tiene excesivas «dotes», pero que, en todo caso, «el movimiento» está bien expresado. Pues bien, para Navratil, puesto que el dibujante es un esquizofrénico, encuentra precisamente en el movimiento un síntoma de su esquizofrenia. Se trata, dice, «de una figura excesivamente movida». ¿Por qué? Miste-

tiempo que le provocaban trastornos físicos, o las propias protestas de Antonin Artaud? Protestar significaba un agravamiento de la crisis, y, por tanto, fueron duplicadas las dosis del veneno... La figura número 3, por el contrario, es absolutamente convencional, relajada, conforme a los cánones del esteticismo más tranquilizante y burgués. Pero es esta figura, precisamente, la que se interpreta como síntoma de curación. El dibujo permite reconocer, dice Navratil, una «representación mesurada del movimiento». Aunque el tema, desde luego, no se presta a sarcasmos, cabe la sospecha de que, de electroshock en electroshock, en la hipótesis de un Max Ernst diagnosticado como enfermo mental, habría acabado por plantar según los cánones del realismo socialista.

ARTE, ESQUIZOFRENIA Y REPRESION SOCIAL

En la obra citada de Reich, éste afirmaba que Peer Gynt, que «los

tre el artista y el esquizofrénico tampoco se refuerzan en el momento de analizar una cierta represión social. Porque, en efecto, ¿qué es sino una represión de hecho la obligada marginación social del artista? La sociedad, inteligente y refinada, ha sabido tolerar el arte en tanto puede ser un producto comercializable (9), decorativo. Pero que el artista pretenda hacer realidad, al mismo tiempo, su «alivio y la pacificación generalizada de las cosas», que pretenda diluir las fronteras entre su vida social y su obra, y recaerá sobre él todo el peso de la normativa social. Normativa moral, legal e incluso política. Si se confirman las reclusiones de artistas políticamente «reaccionarios» en clínicas mentales de la Unión Soviética, no se habrá hecho más que dar un paso lógico y previsible en la identificación —no sólo a nivel de represión— entre arte y esquizofrenia.

De los problemas políticos y médicos que plantean los seguidores de las teorías de Laing con sus

anticlónicas, sus casas de convivencia, en las que se anulan las fronteras entre la condición apriorística de la clase médica y de los enfermos, dejándose en libertad la manifestación de los procesos melancólicos, la prensa nos trae constantemente noticia. Y de confirmarse plenamente las teorías de Laing, es lógico que así ocurra en las actuales estructuras. Porque no sólo se atacan determinados intereses económicos de la clase médica, sino que se pone en duda todo un concepto «cultural» de la enfermedad. Si resulta que, «después de todo», la pretensión de los Peer Gynt de entender su «alivio» inseparable de «su fondo biológico» y de «la pacificación generalizada de las cosas» es razonable, lo que se está poniendo en duda es la sociedad autoritaria, en todos sus niveles y manifestaciones, producida por siglos de «normalidad».

Y para terminar este comentario, sugiero al lector lea la carta del «loco» Artaud que ha servido de encabezamiento a estas sugerencias. ■ J. L. GIMENEZ-FRONTIN.

Toda cultura es una gigantesca empresa de condicionamiento controlada por educadores, demagogos, etc. Pero este condicionamiento es imperfecto. Sufre de un abuso en el empleo de los «elementos de refuerzo negativos»: las sociedades castigan más que recompensan, y el hecho de castigar el mal comportamiento no contribuye a crear su opuesto. Así entra en conflicto con el mito de la libertad individual, fetiche de las democracias occidentales... Skinner piensa que, de todas formas, estamos determinados por nuestro patrimonio genético y nuestra historia personal de «contingencias de esfuerzo».



Skinner se eleva contra la ilusión de libertad del «hombre unidimensional».

NOTAS

(1) Carta inédita de Artaud, dirigida a un doctor del Hospital Psiquiátrico «Villa Evrard», publicada en «El Urogallo», número 11-12, Madrid, 1971. La mayúscula es de Artaud; la cursiva, mía.

(2) Ronald D. Laing: «Esquizofrenia y presión social». Tusquets Editor, Barcelona, 1972. Ver especialmente el trabajo titulado «El estudio de la familia y los contextos sociales en relación con el origen de la esquizofrenia».

(3) Michel Foucault: «Histoire de la folie». Plon, París, 1961. Obra fundamental en la bibliografía sobre el tema. Más adelante se cita el capítulo I, página 3 y siguientes.

(4) Leo Navratil: «Esquizofrenia y arte». Seix y Barral, Barcelona, 1972. La cita está sacada del glosario de la obra. Más adelante se citan textos y se reproducen ilustraciones de este libro. Creo honesto señalar que, en sus ediciones originales, la obra de Navratil es un año anterior a la de Laing.

(5) Me refiero al «Ciclo de aventuras oníricas de Randolph Carter», y especialmente a la narración titulada «En busca de la Ciudad del Sol Poniente». H. P. Lovecraft: «Viajes al otro mundo». Alianza Editorial, Madrid, 1971.

(6) Rafael Llopis, introducción a la obra citada, con el título de «En busca del paraíso perdido». Ver también su introducción a la obra de H. P. Lovecraft y otros: «Los mitos de Cthulhu». Alianza Editorial, Madrid, 1969.

(7) Alan Watts: «El gran Mandala». Kairós, Barcelona, 1970. Ver especialmente el trabajo titulado «Drogas psicodélicas y experiencia religiosa».

(8) Wilhelm Reich: «La fontion de l'orgasme». L'Arche Editeur, París, 1952. Especialmente el capítulo II, página 38 y siguientes.

(9) En algunos casos de artistas notablemente comercializables, incluso se les tolera que se declaren públicamente paranoicos o esquizofrénicos, como es el caso, entre nosotros, de Salvador Dalí, la ironía y clínica verdad de cuyas declaraciones no han sido tomadas en consideración por ningún crítico responsable, excepción hecha de Vázquez Montalbán en TRIUNFO.

2. LA FELICIDAD CONDICIONADA

Popular, polémico, discutido, ¿es Skinner un fabricante de autómatas, o, por el contrario, un liberador de hombres?

La sociedad occidental va camino de perecer... por exceso de libertad, según afirma, paradójicamente, el más discutido de los psicólogos americanos, Frederic Burrhus Skinner. La «democracia», los «derechos individuales», son nociones obsoletas. Según Skinner, a la guerra nuclear, a la superpoblación, a la contaminación, sólo puede oponerse una cultura reestructurada con ayuda de una «tecnología del comportamiento humano».

Sus provocadoras tesis, sintetizadas en su último libro, «Más allá de la libertad y la dignidad», resucitan la vieja disputa entre el determinismo y el libre albedrío, entre el hombre-máquina y el «hombre provisto de alma».

Loco para unos, precursor genial para otros, Skinner mantiene su serenidad lo mismo frente a las críticas que ante los elogios.

Skinner nace en 1904 en Susquehanna, sombreado valle del Sur de Pennsylvania. Su padre es abogado; su madre, músico aficionado. Recibe una educación modelo; nada de castigos corporales, excepto el día en que su madre le lavó la boca con jabón por haber dicho «mierda». Las amenazas son más que suficientes. Su abuela le habla de los castigos divinos: le describe el infierno señalándole las brizas de la estufa. Su padre se encarga de explicarle los castigos terrestres: le lleva a la cárcel local y le muestra una serie de diapositivas del penal de Sing-Sing.

El joven Skinner es muy habilidoso. Sirviéndose de un viejo escafador, Skinner fabrica un cañón de vapor, y en lugar de balas, utiliza patatas y zanahorias.

De su madre hereda Skinner también la afición por la música. Durante largo tiempo formará parte de una orquesta «amateur». Actualmente tiene en casa un piano, un clavecín y un órgano, en los que interpreta las «Fugas» de Bach. Le gustan los animales.

En el Hamilton College (Linton, Nueva York), en el que ingresa en 1922, Skinner se revela como el alumno más brillante, pero también como el más alborotador. Trata de dedicarse a una carrera literaria, pero fracasa. No está destinado a ser un escritor, porque, según confiesa él mismo, «no tenía nada importante que comunicar».

En 1928, seducido por la psicología «behaviorista», fundada por John Broadus Watson, Skinner ingresa en Harvard para preparar un doctorado en Psicología. Lleva a cabo experiencias con ratas y palomas. Perfeccionando las técnicas del condicionamiento animal, Skinner las hace bailar, jugar al «ping-pong», distinguir colores, etcétera. Durante la segunda guerra mundial, Skinner concibe la idea de emplear las palomas para fines útiles. Pone a punto un misil guiado por palomas. Tres palomas, introducidas en la cabeza del ingenio, deben picotear la imagen del blanco, que aparece en una pantalla tan pronto como se dispara el misil. Los picotazos envían señales que corrigen la trayectoria del misil desplazando sus alerones. Se realizan diversas experiencias en laboratorio con un prototipo, el «Pellicano».

Pero cuando los doce sabios que integran el comité que ha de dar su dictamen, piden que se abra la caja donde trabajan las palomas, y ven a los animalitos atareados frente a la pantalla, no pueden reprimir una carcajada. El proyecto no ve, pues, la luz. Aún no se toma a Skinner en serio.

DE LA PALOMA AL HOMBRE

La cuna que inventa en 1945 para su hija Deborah da más que hablar. La «aircrib», especie de jaula de vidrio que filtra el aire y lo mantiene a temperatura constante en su interior, conserva al bebé en las mejores condiciones sanitarias, sin pañales ni mantas. Sin embargo, tampoco este invento encuentra muchos adeptos.

En 1948, Skinner provoca un auténtico escándalo con su descripción de una comunidad idílica, la «Walden Two». Walden es el nombre de un estanque de Massachusetts donde hace un siglo fundó el escritor americano Henry David Thoreau su isla afortunada, y desde la cual se lanzó a predicar el retorno a la Naturaleza.

«Walden Two» describe, según Skinner, una comunidad imaginaria de un millar de miembros que lleven, conjuntamente, una vida feliz. Disfrutan de un paraje natural y sólo trabajan unas pocas horas al día, sin que, por otro lado, nadie les obligue a ello. Hay unos especialistas encargados de cuidar y educar a sus hijos... La alimentación es excelente, los cuidados médicos y la higiene son de primera categoría. El abundante tiempo libre se emplea en el cultivo de las artes. La música y la literatura florecen en esa comunidad, donde se hace, además, todo lo posible para fomentar la investigación científica. La vida está al alcance de los hombres inteligentes y de buena voluntad, decididos a aplicar a la planificación de la cultura los principios que se desprenden actualmente del estudio científico del comportamiento humano.

Una sociedad sin clases, sin política, sin propiedad privada. Las reacciones a esta idea son violentas. La revista «Life» estima que Skinner deshonra el nombre de Thoreau. «Una utopía innoble», escribe el autor de «La medida del hombre», Joseph Wood Krutch. «De todas las dictaduras imaginadas por los utopistas, ésta es la más insidiosa, y los dictadores en potencia podrían fácilmente encontrar en esta utopía una guía de práctica política», dicen G. Negley y J. M. Patrick, autores de «La búsqueda de la Utopía». Sin embargo, las ventas de «Walden Two» van a alcanzar fácilmente el millón de ejemplares en 1972.

Para Skinner, no se trata de una utopía. Todas sus investigaciones tienen como objeto el paso del condicionamiento de las palomas al condicionamiento humano mediante una «tecnología del comportamiento humano».

Skinner es un psicólogo «behaviorista». Es decir, que estudia al hombre científicamente sobre la base de su comportamiento, dato observable directamente, determinado por el entorno y previsible. Desde este punto de vista, las explicaciones clásicas del comportamiento, en términos de motivaciones de sentimientos, de actitudes, de opiniones, de lo que Skinner califica de «estados de espíritu intermediarios», tienen tanto valor cien-

tífico, como la afirmación de que «la Naturaleza tiene horror al vacío».

La aportación de Skinner a los trabajos de Pavlov, Watson y Hull sobre los reflejos condicionados y el juego estímulo-respuesta, es la teoría del «condicionamiento operante». Dicha teoría se basa en la alación de «contingencias de refuerzo». Estas expresiones bárbaras significan que Skinner enlaza entre sí tres términos: un estímulo, la respuesta a este estímulo y las consecuencias de la respuesta. El condicionamiento de un animal mejora si a éste se le recompensa por cada buena respuesta que ofrezca.

FETICHE DEMOCRÁTICO

Se coloca una rata en el interior de una caja insonorizada. Una palanca acciona a distancia la puerta de un pequeño depósito de alimentos: es la llamada «Skinner's Box». La rata se apoya cada vez con mayor frecuencia sobre la palanca a fin de obtener el alimento apetecido.



La tecnología del comportamiento puede convertirse en instrumento de liberación o tiranía.

A Skinner le ha resultado fácil pasar de la rata enjaulada al hombre. Toda cultura es una gigantesca empresa de condicionamiento controlada por los educadores, los demagogos. Pero este condicionamiento es imperfecto. Sufre de un abuso en el empleo de los «elementos de refuerzo negativos»: las sociedades castigan más que recompensan, y el hecho de castigar el mal comportamiento no contribuye a crear su opuesto. Así entra en conflicto con el mito de la libertad individual, fetiche de las democracias occidentales.

Skinner piensa que, de todas formas, estamos determinados por nuestro patrimonio genético y nuestra historia personal de «contingencias de refuerzo». Por eso vale la pena estar condicionado con vistas al interés general. Es preciso crear un entorno en el que únicamente se refuercen las conductas positivas. En un mundo sin conflictos, sin desviaciones, sin cambios, unos planificadores especializados proyectarán una cultura no punitiva, y la gente será automáticamente buena.

Esto supone evidentemente contingencias más completas que las del laboratorio. Pero los métodos skinnerianos son aplicados con éxito en diversos campos.

Hacia 1954, Skinner proyectó ciertas máquinas destinadas a la enseñanza programada de los alumnos, máquinas que han sido utilizadas en numerosos establecimientos. La materia se descompone en etapas fácilmente asimilables, sancionadas por preguntas a las que la máquina ofrece la respuesta adecuada. El alumno aprende solo, rápidamente y sin esfuerzo.

ENFERMOS OBEDIENTES

Las leyes por las que se rige la National Training School para delincuentes, de Washington, no son en absoluto draconianas. Los pensionistas pueden hacer lo que les da la gana. Sin embargo, se han establecido «refuerzos». Estudiando, ayudando, los pensionistas ganan puntos que dan derecho a disponer de un dormitorio individual, de un aparato de televisión y otras ventajas. Muchos salen de la escuela con un oficio aprendido o un diploma que les devuelve la confianza en sí mismos.

Una experiencia más discutida es la de Ayllon y Houghton en un asilo psiquiátrico. A la hora del almuerzo, se hacen precisos todos los días más de treinta minutos para conseguir que entre en el comedor un grupo de treinta esquizofrénicos. Se decide entonces que los pensionistas que no estén en el comedor media hora después de la llamada, se quedarán sin comer. Este plazo se va reduciendo progresivamente, hasta conseguir que todos los pacientes estén en el comedor dentro de un plazo de cinco minutos.

En la Universidad de Virginia, los profesores Bachrach, Erwin y Mohr consiguieron curar a una enferma de anorexia nerviosa (se negaba a tomar cualquier alimento) jugando con sus gustos. Cada vez que la enferma aceptaba comer, se le permitía escuchar música y charlar. Se proyecta construir hospitales enteros sobre el modelo skinneriano, con un sistema de fichas que se entregan a los enfermos obedientes, y que les dan derecho a disfrutar de los distintos servicios de que dispone el hospital.

Aparte de las escuelas, de las cárceles y los asilos, hay una serie de comunidades que han adoptado los principios de «Walden Two». La Walden Two Society, de Washington, publica informes regulares sobre sus actividades.

En Virginia se ha creado la Comunidad de «Twin Oaks». En esta extensa granja se reparten equitativamente el trabajo entre los treinta y cinco miembros que componen dicha comunidad. Allí se ignora simplemente toda acción o palabra impropia. La cooperación y la gentileza están en el orden del día. En «Twin Oaks» no se fuma ni se bebe, pero el amor es libre. En «Walden Two», por el contrario, el matrimonio era la regla. Los miembros de «Twin Oaks» comparten

todo, incluso la ropa. La comunidad no tiene todavía hijos. Su primer objetivo es cambiar a los futuros padres. Pero es pobre, cosa que Skinner no había previsto, y los miembros no duran demasiado tiempo en su seno.

La virulencia de las críticas de que se hace objeto a las tesis de Skinner demuestra que el principal blanco es, en realidad, el behaviorismo entero. «Trivialidad monumental», estima Arthur Koestler. Y el historiador Peter Gay carga contra «la ingenuidad innata, la banalidad intelectual y la crueldad semi-deliberada del behaviorismo». Skinner replica acusando a sus detractores de «inestabilidad emocional».

La crítica más áspera es la de Noam Chomsky, el cual reprocha a Skinner el empleo de una terminología complicada que pierde todo su sentido fuera del laboratorio, de una «falsa ciencia» que procede por afirmación y prescinde de la teoría. Entre una persona que «elige conformarse a la voluntad de otro, y la que escoge vivir los principios de Newton» tirándose desde lo alto de una torre, hay una diferencia considerable que escapa a Skinner. Chomsky asimila el libro de Skinner a un «test de Rorschach», y dice de él que satisfará lo mismo al anarquista que al fascista. Los riesgos totalitarios del sistema skinneriano le parecen evidentes. El mundo de Skinner podría acabar en un campo de concentración modelo poblado de autómatas.

Si Skinner suscita tantas controversias es, sobre todo, porque hiere nuestro amor propio. Tenemos tendencia a atribuirnos a nosotros mismos el mérito de nuestros propios actos, en lugar de imputarlo al entorno económico, político y social en que nos movemos. Skinner es más humilde que eso. Desea una sociedad «en la que no se concederían Premios Nobel a los escritores ni se castigaría a los criminales».

Tal vez la concepción de Skinner tiene del mundo nos parezca demasiado absoluta, y «Walden Two», irrealizable. Pero Skinner no es ningún enemigo de la libertad o la dignidad. Se eleva más bien contra la ilusión de libertad, la del «hombre unidimensional» de Marcuse, la del «hombre extro-determinado» de Riesman, el sociólogo americano autor de «La muchedumbre solitaria».

Si la tecnología del comportamiento supera la fase experimental, puede convertirse en un instrumento bien de liberación, bien de tiranía. Sin embargo, tomar conciencia de los condicionamientos del comportamiento humano es ya dar un paso hacia la libertad.

«¿Pueden los hombres vivir libre y pacíficamente?», se pregunta Skinner. Esa es la cuestión. La respuesta es: sí; siempre y cuando podamos construir una sociedad capaz de satisfacer las necesidades de todos, y en la que todo el mundo se mostrará dispuesto a seguir la regla establecida. Pero hasta ahora, eso no se da más que en «Walden Two»... el lugar más libre del mundo». ■ NONNA MAYER.

Delgado envía al cerebro diversas sustancias químicas con el fin de obtener estímulos más variados que los de la corriente eléctrica. Gracias al cada vez mayor conocimiento de las distintas zonas del cerebro, con sólo pulsar el botón del estimulador es posible provocar en el animal hambre o saciedad, agresividad y dulzura, miedo, placer y los más variados movimientos. La experiencia más curiosa del profesor Delgado fue la realizada con un grupo de simios rhesus, que viven en sociedad bajo la autoridad de un jefe, logrando que éste perdiera su mando.



El profesor Delgado es uno de los mayores expertos en el control del cerebro.

3. MANIPULACIONES CEREBRALES

Comparado con las manipulaciones del cerebro humano, actualmente en fase de experimentación en los Estados Unidos, el «condicionamiento operante», de Skinner, no pasa de ser una simple bagatela.

Desde el siglo XIX son notables los progresos realizados en el campo del conocimiento del cerebro, clave del comportamiento humano. La evolución de la medicina psiquiátrica es una prueba de ello. Los tratamientos mediante electroshock, las lobotomías, dejaron paso a las inyecciones y las drogas, pero su control seguía careciendo de precisión. Actualmente, el ESB («Electrical stimulation of the brain») o estímulo eléctrico del cerebro, permite, sencillamente, poner en corto circuito la «voluntad» del sujeto.

En su último libro, «El control del comportamiento», Perry London, profesor de psicología y psiquiatría en la Universidad del Sur de California, hace historia de esta técnica. Ya en 1898, un profesor de Estrasburgo, J.-R. Ewald, conecta el cerebro de un perro a una batería. Treinta años después, W. R. Hess, lleva a cabo el mismo experimento, con gatos.

Hess descubre que el estímulo eléctrico de una región determinada del cerebro, provoca una cólera artificial. Al gato se le erizan los pelos, y el animal resopla y agacha las orejas. Si es otra la parte del cuerpo estimulada, puede provocarse, por ejemplo, un hambre canina en un animal que acaba de atiborrarse de comida, o cortarse el apetito, aun cuando aquél esté en ayunas.

PARA CONTROLAR LA EPILEPSIA

Hacia los años 50, la técnica de la «implantación» permite una mayor precisión, gracias a la utilización de aparatos de tamaño mucho más reducido: en el cerebro del sujeto anestesiado, se introducen minúsculos electrodos de acero o

platino. Un estimulador, que permite recibir o transmitir impulsos eléctricos, puede ser accionado por el propio sujeto, o a distancia, mediante radio-control, aunque también puede funcionar solo, según un programa preestablecido.

El profesor español, José Delgado, de la Universidad de Yale, ha perfeccionado esta técnica. Delgado envía al cerebro diversas sustancias químicas con el fin de obtener estímulos más variados que los de la corriente eléctrica. Gracias al cada vez mayor conocimiento de las distintas zonas del cerebro, con sólo pulsar el botón del estimulador, es posible provocar en el animal hambre o saciedad, agresividad y dulzura, miedo, placer y los más diversos movimientos. La experiencia más curiosa del profesor Delgado fue la realizada con un grupo de simios rhesus, que viven en sociedad bajo la autoridad de un jefe. Mediante un determinado estímulo, se conseguía que el jefe perdiese su autoridad, así como el respeto de sus congéneres. Otro estímulo contribuía a reforzar su combatividad. Delgado llegó, incluso, a abandonar el aparato en cuestión dentro de la jaula: a los pocos días, todos los monos sabían servirse de él para «reducir» al jefe del grupo. El ESB había trastornado las estructuras sociales.

Delgado explica que «puede establecerse una comunicación directa entre el cerebro y el ordenador, poniendo en corto circuito los órganos sensoriales normales». Y, a continuación, precisa que «la enseñanza automática es posible mediante el envío directo de señales a estructuras de neuronas específicas, sin participación consciente».

London nos informa en su libro, de que, desde hace algunos años, se están llevando a cabo, con éxito, experiencias de este tipo con cerebros humanos. El ESB provoca en el sujeto movimiento, incluso secuencias de movimiento, que éste cree espontáneos. También

puede bloquear gestos, o la palabra, o hacer que un tartamudo se ponga a hablar normalmente. Se calman los espasmos y temblores, y se controlan las crisis de epilepsia.

El doctor Robert Heath ha llevado a cabo investigaciones en torno al famoso «control del placer». El estímulo de un punto del cerebro engendra un sentimiento agradable próximo al orgasmo, y el paciente aborda cualquier tema sexual, «generalmente con una amplia sonrisa». Cuando se le pregunta ¿cómo le ha venido esa idea?, el paciente no sabe qué contestar.

Una clínica de Boston, dirigida por dos neurocirujanos, William Sweet y Vernon Mark, y un psiquiatra, Frank Ervin, se ha especializado en el estudio del control de la agresividad. Dichos científicos han estudiado los efectos de los estímulos en la región de las amígdalas, y han descubierto que los mismos permiten provocar o contener auténticas crisis de locura.

«Estos resultados», dice Delgado, nos hacen pensar en «hombres provistos de electrodos intracerebrales y librándose a todo tipo de fechorías y crímenes, bajo el imperio perverso de ondas radioeléctricas enviadas por algún sabio malvado». Sin embargo, el profesor español no cree en esta posibilidad. El ESB tiene también sus límites. Los resultados del primer estímulo son siempre imprevisibles, los gestos provocados quedan «fuera de contexto». El sujeto reacciona siempre en función de su historia personal. El ESB no crea nada: se limita a desencadenar o a exhibir reacciones, sin darles ningún fin o contenido.

ATENCIÓN A LOS XYY

Estos límites les parecerán precarios a los defensores de «la libertad y dignidad humanas». Si el ESB permite curar a un epiléptico, a un tartamudo o a un impotente, ¿estupendo! Pero si se utiliza para curar la violencia, ¿quién va a determinar el grado de violencia aceptable en una sociedad? ¿Quién dictaminará lo que es y lo que no es «normal»? Los infortunios del héroe de «La Naranja Mecánica», de Kubrick, no resultan tan extravagantes como podría pensarse; si tenemos en cuenta estas palabras de London: «Si la distribución extraordinaria de cromosomas masculinos conocida como XYY, por ejemplo, sirviese para predecir, con certeza, una disposición genética a la violencia, como creen algunos científicos, la implantación sería tal vez preferible a la prisión».

London y Delgado son más bien optimistas. Ellos sueñan con una sociedad «psicocivilizada», en la que se enseñaría «científicamente» a la gente a ser libre. Una especie de NASA se encargaría de utilizar, con el máximo provecho posible, esas nuevas técnicas de control. «Los riesgos no radican en el sistema, sino en una mala utilización eventual; pero esto ocurre con casi todas las creaciones del hombre». ■ N. M.